

JUSTICIA - MISERICORDIA

Vivimos un tiempo en que la palabra justicia se nos sale por la boca, todos pensamos en ella y decimos desearla, no hay conversación en que no se diga alguna vez esto es justo o aquello no lo es; los hombres tenemos un sentido de la justicia, pero ¡ay! qué pocas veces la situamos en el vértice exacto de la balanza; condenamos o absolvemos con unos criterios estrechos, según caiga del lado propio o ajeno; queremos justicia, “pero no por nuestra casa”.

Y pienso en esto al leer en el Evangelio de San Juan 8 el pasaje de la mujer adúltera.

Los fariseos presentan a Jesús una mujer sorprendida en el delito de adulterio, le dicen: “Ya sabes que, según la ley de Moisés, debe ser apedreada. ¿Tú qué piensas del caso?”

Posiblemente pensaron que si esto se ventilaba en el secreto de un juzgado, la gente no hubiera tenido ocasión de admirar el mérito de ce-ladores de la ley. Por otra parte era ocasión de poner una trampa a aquel galileo, que independientemente de las escuelas rabínicas tomaba unas decisiones que hacían crecer cada día más su autoridad, ahora caería.

Jesús ni siquiera los mira, parece que se entretiene haciendo garabatos en el suelo, como si se desentendiera de la cuestión. Los acusadores esperan, El sigue escribiendo. Ellos insisten, obligándole al debate, que corta con unas palabras que a todos confunde; dice sencillamente: “Aquel de vosotros que esté sin pecado, arroje la primera piedra.” Y vuelve a seguir escribiendo.

Los acusadores, sintiéndose cogidos y sin atreverse a continuar la cuestión, unos tras otros, fueron desapareciendo.

Al levantar de nuevo la mirada, Jesús se encuentra solo y frente a la pecadora; la misericordia frente a la miseria, dice San Agustín.

Y ahora es cuando va a dar la solución que le pedían, pero una solución de padre bondadoso para el hijo caído; implacable para la causa, el pecado.

“Mujer, ¿dónde están los que te acusaban? ¿No te ha condenado nadie?” “Nadie, Señor.” “Pues Yo tampoco te condenaré, vete y no vuelvas a pecar.” Con aquella actitud admirable de Jesús la justicia había sido sublimada a la misericordia.

Por desgracia para nuestra sociedad, hoy se repiten con frecuencia estas escenas.

Cuántas veces condenamos acciones o actitudes ajenas, y cuántas exaltamos acciones o actitudes propias, porque no nos paramos a ver las cosas humildemente y bajo un prisma cristiano; si así fuera, veríamos más virtudes que vemos en el hermano, y más defectos en nuestros